
II

Guillermo Valle.—La protección de Santa-Anna y sus aventuras.—1833. Cólera Morbo.—Escenas dolorosas.—El Dr. Barrientos.—Expulsión de españoles.—Mi tío D. Domingo Ortiz.—Portal de Agustinos.—Café del Sur.—Lanzagorta.—El Lic. Borda.—Teatro.—Amador.—La Montenegro.—Cantantes.—Juana la Rabicorta.—Músicos.—Elizaga.—Bailarines.—La Gran Sociedad.—Café de Virolly.—Bodegas de la Madama.—Pulquería.—Fonditas al aire libre.—Portal de las Flores.—San Juan de Letrán.—Ferrocarril.—Banco Oriental.—Adolfo Theodore.—Café del Aguila de Oro.—Fernando Calderón.—El Padre Arrillaga.—Mi María.—Pradito de Belén.—Amores.—Casa de D. Francisco Ortega.—Martínez de Castro.—Antonio Larrañaga.—Ignacio Rodríguez Galván.—La Aduana.—Manuel Payno.—Veranear.—Pueblos de los alrededores.—Días de campo.—Las cuadrillas.—Juan Gamboa.—Bailes y tertulias.—Baile á lo casero.—Modas.—Sayas abiertas.—Baile á escote.—Compadrazgos y posadas.—Lucha del toro y el tigre.

Guillermo Valle nació en Oaxaca, y en la época de mi conocimiento con él tendría trece años á lo más.

Su cuerpo chiquitín, su raza indígena, su aspecto socarrón y los relámpagos de gracia y talento que se escapaban de su carácter al parecer humilde, y de su as-

pecto de acólito de curato foráneo, me hicieron fijar en él mi atención y quererlo apasionadamente.

Servicial y generoso, astuto como zorra, escurridizo como anguila, oportuno como constipado á acreedor, serio con tretas, y con industrias mil para prevenir los achaques de miopía; con drogas, subterfugios y mentiras para embaucar catedráticos, disimulo de faltas y remedios á la desaplicación; Vallecito era un ideal, un tesoro, una vara mágica para estudiante de mi ralea.

La tradición inventó ó descubrió una leyenda acerca de Vallecito, que le dió para mí las proporciones de personaje legendario.

Contaba la leyenda, que en 1828 y cuando Santa-Anna invadió Oaxaca, se posesionó de San Francisco y ardía en deseo de comunicarse con Santo Domingo para seducir la fuerza, sin poderlo conseguir.

Paseábase una vez meditabundo fuera de la fortificación midiendo el suelo y arbitrando medios de conseguir su designio de comunicación.

Le seguía, sin que lo advirtiese Santa-Anna, un chucuelo de la plebe, quien le preguntó:

— Señor, ¿qué busca?

— Busco un medio de que llegue un papel ó cualquiera cosa de aquí á Santo Domingo.

El muchacho guardó silencio, quedó pensativo, desapareció y volvió á poco con un barquillo de papel pegado á una tablilla y bien equilibrado y dijo al General: aquí cabe un papel chiquito, lo pone en el caño de la agua y llega á Santo Domingo.

A Santa-Anna cayó muy en gracia la penetración del muchacho.

— ¿Cómo te llamas?

— Guillermo Valle.

— Oye atento, si algún día sabes que el General Santa-Anna manda en el Palacio de México á toda costa ve allá, búscame, preséntate y no te arrepentirás Yo no te olvidaré.

Varia desde entonces la suerte del General Santa-Anna, Vallecito guardó en el fondo de su corazón su aventura; continuó en su escuela aplicándose al estudio en medio de horribles escaseces.

Un día, el menos pensado, entre repiques, salvas, músicas y cohetes, se anuncia el advenimiento de Santa-Anna á la Presidencia y á la Vicepresidencia D. Valentín Gómez Farías.

Vallecito, que así le llamaba todo el mundo, hizo balance para emprender su viaje, y no tenía en su equipaje, realizable, más que una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe, cuyo valor sería de seis á ocho pesos.

Comenzó por desamortizar el amuleto eclesiástico, se escurrió en los mesones indagando la salida de recua para México, y al fin se puso en camino haciéndose amigo de los arrieros.

Y el chico era de tal modo jovial, tan comedido y contaba tan graciosos cuentos, que los arrieros le miraban, le mimaban, le alimentaban, le procuraban cabalgadura, y llegó á México como dueño de la recua, asesorando

á los arrieros, dirigiéndoles y fungiendo entre ellos como entidad de primera importancia.

Los primeros momentos fueron de placer, comidas y paseos con sus amigos; pero al regreso de estos, sintió toda la amargura de su situación, y sin arredrarse le buscó un remedio.

Escurrióse en palacio, se informó de la servidumbre del Presidente, y la fortuna le deparó un galopín oaxaqueño de la cocina del potentado con quien se resolvió á trabar relaciones.

Hizóse encontradizo con su futuro bienhechor, y á pocas fojas le embecía y dominaba.

Ya hemos indicado que la inventiva era el fuerte de Vallecito. Él conocía todos los pueblos, él ó sus amigos se habían encontrado en todas las catástrofes, él había sido pariente ó favorecido ó algo de todos los deudos de las personas con quienes trataba, sabía remedios para todas las enfermedades, les atribuía á los santos milagros capaces de dejar con la boca abierta al Demonio, y tenía nociones ó suponía tenerlas de costura, guisos y un diluvio de cosas más.

Todo esto, sin una indignidad, sin una licencia, sin una estafa.

El galopín benéfico colocó á mi amigo con el cocinero, éste que era especialmente querido de Santa-Anna ofreció presentarlo al *tío* en un día que despertase su buen humor el artista culinario, con un buen huauchinango fresco, con un pulpo de guiso especial, ó con una rica ensalada de camarones.

Pero á todo esto Vallecito participaba de los banquetes diarios de los *maritornes* y los sazónaba con sus chistes inagotables.

Llegóse el día deseado de los huauchinangos y camarones, y le dijeron á mi amigo que se preparara para la trascendental entrevista.

El día de que se trata, estaba el Presidente de excelente humor. Aunque iliterato de todo punto hasta el extremo de empedrar de barbarismos su lenguaje y sin más lectura que la de la *Cassandra*, tenía una conversación chispeante, animada por poderosísima imaginación y percepción clara como luz de día. Cuando estaba de broma daba cierto acento *jarocho* á su palabra que caía en gracia; sus grandes y penetrantes ojos negros persuadían más que sus palabras y sus ademanes pronto y desembarazados le hacían seductor é irresistible.

No era gastrónomo, ni menos glotón Santa-Anna; pero como gran parte de los veracruzanos afecto á la buena mesa, á hablar de guisos delicados, á encarecer las preparaciones del ostión, del robalo de manteca, del pulpo y del cazón á la yucateca.

Hablaba el héroe con dos ó tres amigos, y el cocinero entró con un plato de dedicación especial llevando en su pos al indito, nuestro conocido, portador de dos chirimoyas colosales que eran delicia de Santa-Anna.

—¡Excelente! muchachos, ¡magnífico!, merecen la gala, ¿y quién es este chico?

—Es un criadito de S. E. que quiere conocerlo, y que tiene la pretensión de contarle un cuento.

—Veamos ese cuento, dijo riendo, y comenzó el introito de rutina. Está Ud. para bien saber, y yo para mal contar, que el pan se hizo para los muchachos y el vino para los borrachos. Este era un Rey ahora sigue tú.

—No señor, era un gran general que venía desde muy lejanas tierras y junto de la mar á pelear la gran ciudad de Oaxaca, que es donde yo nací.

—¡Bravo! muchacho, no le interrumpen, acérate. Entonces Vallecito, contó la historia que conocemos con tales chistes, con pormenores tan deliciosos que Santa-Anna se levantaba del asiento, palmoteaba, y cuando terminó de hablar el chico lo levantó en sus brazos con emoción, tocó después la campana, escribió en un papel y á poco, he ahí, á Vallecito instalado con su beca en el colegio de San Ildefonso á vueltas con el *Musa Musae* y con las mismas consideraciones que si fuera el hijo del Presidente de la República.

El Sr. Farías, á quien quedó encomendado Vallecito, le dispensó paternal protección, procurándole la relación del Sr. Olaguibel á quien se adhirió mi amigo, llegando á contar como persona de su familia y adelantando mucho en sus estudios literarios, porque Olaguibel poseía una librería magnífica y era muy dado á las bellas letras.

Después de muchos años quedaron como preciosas tradiciones en el colegio, las aventuras, chistes y arbitrios de Vallecito, por que la administración de Santa-Anna cayó. La reacción de 35 y 36 le sepultó en lo

más hondo de la miseria hasta lo hiperbólico y lo increíble, y Vallecito ocurrió entonces á su privilegiado ingenio para empezar su lucha por la vida.

Referíanse sus amistades con los legos dominicos que le dieron la industria de los sermones, en que blasfemó de lo lindo á dúo con mi respetable persona.

Se contaba su compra de un caballo para establecer un consultorio ambulante de los indios, cuyo caballo perdió el juicio de hambre y le encontró Valle paseándose en la caballeriza como hablando sólo, con la crin alborotada de la frente, y Guillermo le dió su bendición y libertad.

Referíame sus pactos secretos con otros chicos para fingir riñas, porque las damas, objeto de los rendidos galanteos, eran belicosas. y como lo creían veraz se apaleaban y olvidaban el pacto, saliendo desportillado y contuso.

Contábase, con mil circunstancias, cómo Valle, de unos trozos de azúcar purificada, persuadió un invento que vendió á elevado precio desenlazándose el engaño á gritos y á sombrerazos.

Cómo solicitó un cómplice para cautivar el corazón de una estanquera á quien electrizaba en prosa y verso, y el cómplice, entusiasmado, arremetía con puchas, rodeos y conservas que hicieron quebrar la negociación del adorado tormento.

Todo lo dicho, la bondad, la gracia y el saber de Vallecito le hacían importante personaje.

A Valle debí la amistad con el Sr. Olaguibel, que fué

mi generoso protector en todas épocas y por quien conservo recuerdos de ternura filial ¡Jamás la bondad encontró personificación más seductora que en Olaguíbel!

Vallecito conservó siempre su gracia y su gratitud á Santa-Anna.

Cuando de resultas del 6 de Diciembre de 1845 se formó causa á Santa-Anna y sus Ministros, Valle era individuo de la sección del Jurado en la Cámara de Diputados.

Las pasiones ardían, el huracán del odio á la dictadura todo pretendía arrollarlo, y se instaba á la Cámara por la terminación de la causa para apagar la sed de reivindicación que agitaba al pueblo.

Pero la causa no marchaba y se repetían las sesiones secretas para echar en cara al Gran Jurado su morosidad.

Entre los agitadores de la conclusión de la causa había un médico distinguido de Michoacán: tuerto, de arrogante palabra, carnes enjutas y actividad inextinguible; llamábase González Uruña.

Este señor diputado pidió una sesión secreta, inculpó al Gran Jurado por sus moratorias en términos vehementes, y en el colmo de su enojo dijo que no le extrañaba lo que sucedía, porque Valle era hijo de Santa-Anna y que había hecho mal en no excusarse de conocer en aquella causa.

Entonces Valle pidió la palabra

La Cámara quedó silenciosa como un sepulcro, Valle

se levantó grave guardó silencio unos momentos en medio de la atención universal y dijo:

—“La aseveración del Sr. González Uruña ya la había yo oído; pero jamás le había dado crédito por mi origen, por la fecha de mi nacimiento, por miles de circunstancias . . . pero ahora que lo afirma el Sr. González Uruña, dudo . . . ¿y quiere saber la Cámara por qué dudo? . . . ¿Lo permite la Cámara? . . . ¿Me atrevo á decirlo?

Una voz ¿por qué?

—Porque el Sr. González Uruña tiene un ojo en el mundo y otro en la eternidad.

Estalló una carcajada universal y no hubo más remedio que levantar la sesión.

Tienen mis lectores idea de mi vida; pero les ruego no olviden tres fases: mi adoración por la señora mi madre y mis horas de lágrimas y miseria á su lado; mis paseos en barrios y calzadas, delirando, hablando sólo, lanzándome á un mundo imaginario lleno de tierna poesía, cobrando cierta vida mis ensueños, cierto acento las voces interiores de mi alma, cierta realidad mis aspiraciones indeterminadas, informes pero luminosas y puras como vuelo de estrella fatua en una noche tibia y apasible que duerme bajo el infinito.

Por último mi amor inmenso á los pobres, porque mis bienhechoras eran *costureras*; porque mi *Nana* me buscaba con afán solícito para llevarme dulces y bizcochos; porque mi *tata*, que era zapatero, al realizar su calzado llevaba á mi madre sus pobres obsequios; por-

que el niño del Molino era mimado y reverenciado; porque las costurerillas mis amigas, lloraban con mis penas, aseaban mi casa, cosían y curaban á mi madre, y cuando en un fandango me presentaban, era yo objeto de tiernas atenciones y les pagaba en alegría, en versos y expansiones todo lo que recibía de ellas en ternura y cariño.

Después del laberinto de divagaciones por que acabo de atravesar, necesito fijar la atención de mis lectores para recordarles que están reviviendo mis recuerdos de 1833.

Era el año horriblemente memorable del *Cólera Morbo*.

Había pasado la fugaz presidencia de Pedraza, de quien se dice que él mismo se concedió su licencia absoluta para dar ejemplo á generales que de nada servían.

Había visto México llenas sus prisiones y conducidos en cuerda los hombres más notables por la persecución política.

Los pronunciamientos de Escalada, Durán y Arista todo había pasado sin preocuparme.

Lo que dejó imborrable impresión en mi espíritu fué la terrible invasión del cólera en aquel año.

Las calles silenciosas y desiertas en que resonaban á distancia los pasos precipitados de alguno que corría en pos de auxilios; las banderolas amarillas, negras y blancas que servían de aviso de la enfermedad, de médicos, sacerdotes y casas de caridad; las boticas apretadas de gente; los templos con las puertas abiertas de

par en par con mil luces en los altares, la gente arrojada con los brazos en cruz y derramando lágrimas A grandistancia el chirrido lúgubre de carros que atravesaban llenos de cadáveres todo eso se reproduce hoy en mi memoria con colores vivísimos y me hace estremecer.

¡De cuántas escenas desgarradoras fui testigo!

Aun recuerdo haber penetrado en una casa, por el entonces barrio de la Lagunilla, que tendría como treinta cuartos, todos vacíos, con las puertas que cerraba y abría el viento, abandonados muebles y trastos espantosa soledad y silencio como si se hubiese encomendado su custodia al terror de la muerte.

No olvidaré nunca el doloroso espectáculo que ofreció á mis ojos una madre que acababa de expirar en un gemido postrero, con el que despertó de su sueño en la cuna á una niña bella como arcángel, que riendo y traviesa jugaba con la cabellera profusa de la madre muerta!

De tal manera dominaba el pánico, que se anunció que un sabio, que vivía en el Puente de San Francisco número 4, había descubierto un parche que era preservativo infalible de la epidemia; esta medicina se atribuía á un químico, D. Manuel Herrera.

La gente se agolpó de un modo tan ansioso y tumultuoso por aquel *fiat* de salvación de vida, que fué forzoso poner guardias numerosos en la casa del Sr. Herrera para evitar un desastre; pero caten Uds. ahí que el día menos pensado derrama en son de chisme, pu-

blica avisos, pega en las esquinas papeles y esparce alarmas alguien afirmando que los parches eran seguros pasaportes para la eternidad.

Al siguiente día de este pánico las calles amanecieron blanqueando como una terrible nevada. Eran los parches que se habían arrancado del cuerpo las gentes.

El pánico había invadido los ánimos, de manera que estaban en juego las medicinas y procedimientos más contradictorios.

A una mujer del pueblo ordenó el Dr. Alarcón una sangría; la mujer interpretó la medicina tomándose un vaso de sangría y el resultado fué magnífico; el médico pedía la sangre y ella le decía que había dejado el vaso vacío.

El Gobernador, que lo era el Sr. Gral. Martínez (a) *Maccaco*, fulminó un bando con tremendas prohibiciones á las frutas, los figones y comestibles; en ese bando hay un anatema contra los *chiles relleños* que escalofría.

Contaba mi maestro, Cardoso, con su inagotable chiste, que atravesando un día por la calle del Espíritu Santo, vió á un cochero tendido á la larga en el pescante devorando una chirimoya que no le cabía en las dos manos. A su lado y parada en el suelo estaba su mujer.

Mi maestro, ardiendo en santa caridad, dijo al cochero:

—¡Bárbaro! ¿No vez que te suicidas? ¿No conoces que esa fruta te abre el sepulcro y te lleva á la condenación eterna?

Absorto quedó el auriga con el apóstrofe; á medida

que mi maestro hablaba, bajaba la mano, se limpiaba los labios y suspiraba contrito.

Cuando mi maestro dejó de hablar, exclamó el cochero: es cierto señor amo, no lo vuelvo á hacer; y volviéndose á su mujer continuó: Tomátela, tú, mi alma, dando á su mujer la fruta homicida.

Los panteones de Santiago Tlatelolco, San Lázaro, el Caballete y otros, rebosaban en cadáveres: de los accesos de terror, de los alaridos de duelo se pasaba en aquellos lugares á las alegrías locas y á las escenas de escandalosa orgía interrumpida por cantos lúgubres y por ceremonias religiosas.

En el interior de las casas todo eran fumigaciones, riegos de vinagre y cloruro, calabazas con vinagre detrás de las puertas, la cazuela solitaria del arroz y la parrilla en el brasero, y frente á los santos, velas encendidas.

Era una tarde del mes de Agosto. Por medida higiénica todo el equipo de la casa aun estaba en el corredor, cabalgando en sendos mecates ó reclinado en inseguras sillas. Mi hermano y yo estábamos ausentes. Mi señora madre medio paralítica cuidaba la casa.

Cuando menos se pensaba se descolgó un aguacero estupendo, corrían las canales, se inundaron las calles, y en breves instantes tomó la ciudad el aspecto de lago profundo.

Colchones, sábanas, lienzo de todo género y cobertores de todas clases se empaparon sin que se pudiese remediar.

Cuando penetré en la casa escurriendo el agua y convertidas en lagos y canales las arrugas de mi vestido, mi señora madre estaba á obscuras y sin darse cuenta de lo grave de la situación. La primera de las necesidades era tener luz, que era mucho muy árdua tal empresa, que suponía lumbré, pajuela, buen pulmón y pulso firme.

Eso de cambiarme ropa, empresa era que tocaba el imposible. . . . y *ante omnia* vela ó lámpara que encender.

Entre lamentos y discusiones pasó el tiempo y después de la *queda*, hora en que se cerraban al toque de la campana mayor las casas de vecindad y el comercio todo, oímos en el zaguán unos toques ya acelerados, ya débiles que nos sobresaltaron.

Era mi hermano, conducido por unas personas caritativas, gravemente atacado del cólera.

¿A quién clamar? ¿A quién acudir en aquella lóbrega noche que añadía horror á los horrores de la muerte que por todas partes nos cercaba? Casi sin luz por lo muy exigua que daba la enana y única bujía, sin lumbré en el brasero, sin ropa con que cubrir al moribundo, ni que mudarnos nosotros, veíamos aquellos ojos brillantes y hundidos, aquel color anheloso que pintaban las facciones, aquellos gestos espantosos que producían los calambres manifestados en contracciones indescribibles.

Tendimos el cuerpo de mi hermano, nos acurrucamos contra él medio desnudo, y nuestra respiración con-

gojosa fué su abrigo y las copiosas lágrimas de mi madre su sola medicina. Entre aquel sollozar y aquellas aclamaciones á la Providencia Divina cuando vibraba sobre nosotros la amenaza de muerte, el enfermo repentinamente se rehace, se incorpora, nos separa de su lado, se arrodilla y con acento sonoro y triunfal exclama: "Creo en Dios Padre."

Mi madre y yo seguimos la oración fervorosa que en mi espíritu se reproducía como un cántico de resurrección

¿Y que haya animales que me supongan *incrédulo*?

Al siguiente día esperaba yo á la entrada de Catedral al Sr. Dr. Barrientos con un disparatado soneto en la mano, alusivo á la epidemia que nos afligía.

Era el Dr. Barrientos clérigo de grandes polendas, chiquitín, afable, de ojos pequeños, pero dulces y penetrantes y hombre de suma bondad; acerquéme á él, le dije que quería que revisase mi verso, y se entró á la oficina del Sagrario con mi soneto en las manos.

Lo veía y reveía, me miraba la cara con duda extrema, y al fin me dijo:

—Ahí tienes papel y tinta, haz otro para el Señor de Sta. Teresa que saldrá mañana en procesión.

Al sordo se lo dijeron, y en menos que canta un gallo, zureí un sonetazo de chuparse los dedos.

El Sr. Barrientos mostró gran contento, me preguntó mi nombre, me ofreció su casa y me dió para dulces, quedándose con los sonetos y siendo en lo futuro mi favorecedor.

Dos días después en todas las puertas de las iglesias con mi nombre al calce y concesiones de gracias é indulgencias estaban mis sonetos impresos, levantándome á mí, que los veía, al quinto cielo de la dicha y queriendo decir á cuantos pasaban y veían los versos: "ese Sancho Panza gracioso soy yo."

Aquella fué mi primera publicación.

Respecto á la cosa pública, que era por entonces lo menos de mi cuidado, oía como entrecortados rumores los nombres de Santa-Anna y de Farías que ocupaban alternativamente el poder, como dos empresarios de compañías teatrales, el uno con su comitiva de soldados baladrones é ignorantes, tahures y agiotistas desaliñados, y el otro con algunos eminentes liberales; pero con su cauda de masones, de patrioteros anárquicos y de gente de acción que era un hormiguero de demonios; pero eso sí, cada uno con su Virgen de Guadalupe y su plan de regeneración entre cuero y carne.

Las escenas, resultados de la expulsión de españoles aun se sucedían, desgarrando el corazón de las familias, mutilándolas, sembrando por todas partes el duelo y la consternación.

En mi familia y bastante allegados había varios españoles; uno entre todos, noble y generoso sobre toda ponderación, vino al país oliendo á brea, casi sin calzado y con la guitarra al hombro cantando la *cachucha* y el *trágala*; se enamoró de una parienta mía de opulenta fortuna, formó caudal inmenso á fuerza de tra-

bajo y de talento y su casa fué un manantial de caridad y de ternura para los pobres.

Español de pan, pan; vino, vino, con su estribillo de *taca y barraca*, solazándose en el juego de pelota, comiendo bacalao y gazpacho, bebiendo *Cascarrón ó de la Rioja*; tenía su corazón en la mano y nunca un infortunio que llegara á su conocimiento dejaba de tener consuelo, prodigándolo con las lágrimas en los ojos y soltando cada mala palabra que escarapelaba el cuerpo.

A la noticia de su partida se llenó su casa de gente menesterosa, de sus dependientes y peones del campo y de indios, que eran sus compadres, sus amigos y favorecidos.

El, lleno de angustia se despedía de todos; los niños se abrazaban de sus rodillas, y querían besar sus manos los indios que le amaban.

Sólo llevó consigo y dejó arreglado lo muy preciso para su subsistencia, dejando su caudal á establecimientos de caridad del país, con excepción de tres mil pesos con que mandó hacer y transportar una campana colosal para su pueblo, campana que no pudo soportar la raquítica torre de su aldea de la montaña.

La expulsión de españoles fué una medida á todas luces bárbara y ruinoso para el país.

Estos cuadros, las prisiones llenas de personajes eminentes como Bustamante, Molinos del Campo, etc. etc. la prensa haciendo en estilo vehemente sus revelaciones sobre la conducta del clero, el despertar al análisis de sus intrigas y *cábalas* traidoras, y el cólera cirnién-

dose como un buitre sobre la capital llena de terror, formaban un conjunto que no puede traducir en palabras mi imaginación.

Los pocos momentos de desahogo que me dejaban mis aperreados estudios, la oficina, la curación de mi madre y atenciones de mi casa, los abandonaba como al acaso, *para flotar* como yo mismo decía, entre mis instintos callejeros, mi amor á la poesía, el cultivo de las graves relaciones de mis maestros y de las monjas amigas de mi mamá que eran mi delicia, por su mismo encogimiento y disonancia en el resto de mis relaciones.

Había entonces en el Portal de Agustinos un cafecito característico que se llamaba *Café del Sur* y aquel formaba como la crema, la sinopsis y la exposición perpetua de lo que había de mejor y más granado de nuestra sociedad.

Era una pieza como de ocho varas en cuadro con sus dos puertas al portal, su gran farol entre las dos puertas y en uno de los vidrios el rubro de *Café del Sur* con letras encarnadas.

Entre el humo espeso de cigarros y puros que obscurecía la pieza, se distinguían mesillas pequeñas de palo ordinario pintadas de pardo con su cubierta de hule con tachuelas de latón, y sus sillas de tule al rededor, de las llamadas entonces de peras y manzanas.

En el fondo de la pieza se percibía el despacho en un desmantelado armazón y su mostrador competentemente provisto de vasos y copas, charolas de hoja-

lata, un gran tompeate con azúcar, azucareras á guisa de marmajeras, y en hileras simétricas, roscas y bizcochos de todas clases, sin confundirse con tostadas y molletes que eran panes de más privilegiado consumo.

La concurrencia era consecuente con aquel pobre aunque pretensioso mueblaje.

Militares retirados y en servicio, tahures en asueto, vagoconsuetudinarios, abogados sin bufete, politiqueros sin ocupación, clérigos mundanos y residuos de covachuelas, sacristías, garitos y juzgados civiles y criminales.

No faltaba de vez en cuando su fraile silencioso en una mesa retirada, ni su grupo de payos, con el señor de calzoneras y botonadura de plata, la señora con su rebozo de Tulancingo y su enagua de indiana inglesa, seis nenes arrodillados en las sillas, la criada separada de la mesa entre canastos y envoltorios y dos ó tres canes consentidos, azorados de verse en tan extraño lugar.

Al rededor de las mesillas centrales se veían los tertulianos más perennes, clasificándose por sí los concurrentes según su categoría, relaciones ó gustos, bien políticos, bien literarios, bien militares, bien de pura crónica escandalosa, ó ancianos charladores apologistas de su tiempo, que refrescaban sus recuerdos con sendos tragos de catalán puro.

Ved aquella mesita: En ella lleva la palabra el Sr. Palacios Lanzagorta, hijo de uno de los ilustres compañeros del Sr. Cura Hidalgo; vedlo con su sorbete des-